CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

XII.

Algun tiempo despues, el jóven Cinq-Mars, ya fuese por despecho de la irresolucion de María de Gonzaga, ya realmente cautivo en la amorosa red de Marion Delorme, parecia olvidar al Universo entero para no pensar más que en ésta última.

En cuanto á ella, preciso es confesar que tambien se habia trasformado.

Su hermosura, que siempre habia tenido algo de sombría, se habia convertido, bajo la influencia de su pasion, en una belleza angelical; ya no era su carácter áspero, ni sus modales eran bruscos; la jóven pervertida habia desaparecido y en su lugar quedaba una niña encantadora y distinguida y lo que era mejor, una mujer honrada, pues Marion—sólo se la conocia por este nombre desde su intimidad con Cinq-Mars—habia cerrado la puerta de su casa á toda clase de galanterías.

Dejámos á los dos amantes engolfados en su amor, y vamos, lectora mia, á la habitacion de la

reina de Francia, Ana de Austria, en la que tenia lugar una escena que interesa á diversos personajes de esta historia.

Era invierno y el sombrío Louvre mostraba sus torrecillas grises destacándose del plomizo color del cielo preñado de nieve.

Serian las dos de la tarde, y ya una densa niebla envolvia la mansion real como un triste y espeso velo.

Ana de Austria, vestida con la régia magnificencia que acostumbraba y la cual parecia servir de distraccion á los crueles sinsabores domésticos que amargaban su vida, se hallaba sentada en un sillon de alto respaldo en el que estaban esculpidas las armas de la casa real de Francia.

La reina llegaba apénas á los veinte y un años de su edad; era alta, con cabellos castaños, de un color suave y dorado; sus ojos tenian á veces un bello matiz, de cielo y otras presentaban el de la mar cuando está en calma, segun la luz á que se los mirase y segun tambien la luz fúnebre ó alegre que iluminaba su pensamiento.

Su tez blanca y mate era pálida, más que por naturaleza, por un efecto de la tristeza que la dominaba casi constantemente; su boca, empero, no habia podido perder su acarminado color ni su dulce sonrisa, y sobre su blanca frente se agrupaban pequeños y numerosos rizos de un matiz encantador que

le daban un aspecto risueño á un tiempo y sentimental.

Cerca de ella y sentada en otro sillon más pequeño, estaba la Princesa palatina.

Era ésta de estatura regular; es decir, bastante menor que la de la reina; jamás habia sido muy delgada; pero hacia unos dos años que su talle habia engruesado más de lo que lo habia estado nunca; sus ojos azules, su tez morena y sus cabellos negros, rizados y abundantes, hacian de ella, si no un tipo hermoso, al ménos lleno de gracia y de animacion.

Estaba vestida con un brial de terciopelo verde que se abria sobre un traje de raso negro bordado de perlas; gruesas perlas, mezcladas de diamantes adornaban sus brazos y su garganta; parecia estar muy impaciente porque no cesaba de herir el pavimento con su pequeño pié.

—Sin participar de vuestra impaciencia, dijo la reina, empieza á extrañarme la tardanza de María, Duquesa; ¿qué habrá sucedido?

—¡O h, señora, quién sabe! respondió Ana de Gonzaga con agitacion; ¿quién sabe de lo que es capaz esa vieja Mariscala? ¡Todo lo temo yo por mi pobre hermana!

—¿Qué podeis temer?

—¡Todo, señora, todo! ¡Es capaz de matar á María si ve que se le escapa para su hijo!

—Calmáos, Ana, repuso la reina; la impaciencia os

extravía y sois injusta con la pobre mariscala; además, ¿no es su hijo quien ha renunciado á vuestra hermana por sus amores con esa cortesana? ¡Si hasta he oido, Dios me perdone, que se ha casado con ella en secreto!

—¡El señor conde de Valaquia! anunció el criado de confianza de la reina, alzando el tapiz de la puerta de la cámara.

Y un personaje de baja estatura y grueso, entró en la estancia y fué á besar la mano de la reina, que se levantó, para recibirle, de su sitial.

Era un hombre de fisonomía bondadosa y triste y frente calva y surcada por los pesares; su cabello rubio caia en gruesos rizos en derredor de su frente y sienes.

Se llamaba Uladislao y era rey de Polonia, pero nada daba á conocer, ni en su traje, ni en su atavió, su elevada jerarquía.

Tenia el rey cerca de treinta y ocho años y habia venido de incógnito para concluir su matrimonio con María de Gonzaga, llamado por reiteradas cartas de la Princesa palatina, y últimamente por una de Ana de Austria; viajaba con el título de conde de Valaquia y así se habia anunciado en palacio para no despertar las sospechas del receloso Luis XIII.

Por su parte, Ana de Gonzaga habia ordenado á su hermana que saliese del castillo de Effiat y viniese sin dilacion al Louvre de órden de la reina.

El rey de Polonia ocupó otro alto sitial que para él acercó uno de los pages, y aún no acababa de ocupar su asiento, cuando el ayuda de cámara alzó el tapiz y dijo á media voz y con acento recatado.

—¡La Duquesa de Mántua!

María de Gonzaga entró en seguida y su hermana corrió á recibirla en sus brazos.

Era la Duquesa de Mántua una niña que acababa de cumplir los diez y seis años. de tez de nieve, ojos de azabache y cabellera de ébano; su estatura pequeña lo parecia más á causa de la redondez de sus formas; largos y espesos bucles, lucientes y negros, se agolpaban en su frente, y, guarneciendo sus mejillas, bajaban hasta sus hombros; vestia de blanco y sobre su cándido traje llevaba, con una gracia casi régia, un manto de seda verde guarnecido de plata.

María de Gonzaga era una jóven de adorable hermosura, pero tímida hasta el extremo de que su excesiva timidez perjudicase á sus encantos; relegada desde su nacimiento á un solitario castillo, no conocia el mundo ni sus habitadores, y sólo habia tratado con la vieja Mariscala y con sus viejas doncellas, todas adustas y de áspera condicion.

Habia en sus ojos algo de la asustada gacela, algo de la timidez de la paloma; y aquellos ojos, grandes y rasgados como dos estrellas, apénas osaban alzarse nunca del suelo.

—María, dijo la Princesa palatina; S. M. la reina nuestra señora tiene órdenes que comunicarte.

Al oir nombrar á la reina, María tembló violentamente, poro la bondadosa Ana de Austria tomó una de sus manos, la acercó hácia sí, y la besó en la frente.

—No temais, querida niña, le dijo, yo seré para vos una cariñosa madre, porque sólo deseo vuestro bien.

—¡Oh, gracias, gracias, señora! exclamó María, cuya alma juvenil so entreabrió al contacto de la régia caricia, como se entreabre la flor paaa recibir el beso del céfiro. Yo sabré pagar con mi amor y con mi obediencia el inestimable afecto de V. M.

—Pues bien, María, repuso Ana de Austria, hé aquí a S. M. el rey de Polonia que por mi boca te pide tu mano. Tu hermana, que hace en este mundo para tí las veces de la madre que has perdido, se la ha otorgado en nombre tuyo. Yo apruebo ese enlace que te une á un gran monarca, que te sienta en un trono. Ahora sólo falta saber tu voluntad.

—Señora, respondió la Duquesa alzando sus belles ojos llenos de lágrimas, yo amaba, yo amo áun á otro hombre que no es el rey de Polonia.

—¿Se llama acaso ese hombre Enrique de Effiat?

—Sí, señora, contestó María con temblorosa voz.

—¿Y sabes si eres amada de él?

—Creo que sí.

—Entonces, ¿por qué huyó de tu lado? ¿Por qué abandonó el castillo de Effiat? ¿Por qué vino á la córte?

—¡Oh, señora mia! exclamó la jóven sollozando; nada de esto sé ni me es posible responder á V. M. Yo me hago todos los dias, á todas hóras, esas mismas preguntas, sin que halle respuestas para ellas. ¿Por qué me abandonó? ¡Acaso seria porque yo no accedia al enlace precipitado y secreto que él y su madre me proponian!

—¿Y por qué no accediste á él?

—Porque temia el enojo de mi hermana.

—Y á pesar de haberte dejado abandonada á la tiranía de su madre, á pesar de haberse venido á París, á pesar de no escribirte, porque él no te escribia, ¿no es cierto?

—Ni una sola carta suya he visto en los ocho meses que hace que nos dejó.

—A pesar de todo eso, ¿le amas, hija mia?

—Le amo, señora.

—¡Extraño y ruin amor! murmuró la Princesa con mal reprimido enojo.

—¡Hermana mia, perdon! exclamó María, de cuyos ojos brotaba un torrente de lágrimas; nuestra madre nos confió al morir á la suya..... con él he crecido, juntos hemos jugado y hemos llorado juntos; la misma cuna nos ha mecido.....

—María no pudo acabar; alzóse con violencia el

tapiz que ocupaba la puerta, y una mujer anciana. con los blancos cabellos en desórden y el traje descompuesto, se precipitó en la cámara.

—¡La Mariscala! exclamó la reina levantándose y teniendo pintados en su expresivo rostro la sorpresa y el enojo; señora, ¿á qué venís aquí? ¡Yo no os he llamado ni deseaba veros!

—Y yo, señora, respondió la Marquesa, necesitaba ver á V. M. para rogarla que no me arrebate el bien que durante tantos años he guardado..... ¡Que me devuelva á la duquesa María! Es la esposa de mi hijo.....se aman..... y ambos morirán si V. M. los separa; á fuerza de preguntas y de pesquisas, he llegado á saber de lo que se trataba....: he averiguado todos los resortes que ponia en movimiento la Princesa para lograr sus fines, y he venido á estorbarlos. ¡sí, á estorbarlos!

Al hablar así, la Mariscala fijó una mirada llena de ódio y de rencor en la Princesa palatina, que al sostuvo con altanería.

Reinó el silencio algunos instantes.

—Mariscala, dijo al fin la reina; si quereis permanecer aquí, en mi cámara, en mi presencia, tratad de ser muda y de permanecer inmóvil; de lo contrario, saldreis de ella al instante.

La Mariscala se inclinó en señal de obediencia; pero de sus ojos corrieron algunas lágrimas de ira y de dolor.

—No trato de separar al Marqués, vuestro hijo, de la Duquesa, prosiguió Ana de Austria; trato sólo de ver si el Marqués ha abandonado por su gusto á esta desventurada niña que sólo vivia para él.

Volviéndose luego á uno de los pajes, dijo con imperio:

—Id á buscar al marqués de Cinq-Mars, que dentro de poco debe salir de las habitaciones de S. M. el rey.

—¡Pero, Dios mio! señora, y aunque sea verdad lo que decís, el convencimiento de la infidelidad del Marqués, sólo servirá para hacer más infeliz á esta pobre niña, murmuró el rey de Polonia.

—¿No es verdad que sí, caballero? repuso la Mariscala mirando con gratitud á aquel hombre á quien no conocia, pero que abogaba por su causa. ¿Qué jóven de la edad de mi hijo no es infiel á su amor verdadero alguna vez, seducido por las veleidades de su carácter? Y vos, hija mia, porque como tal os he amado y os amo siempre; vos responded, ¿seréis dichosa porque separen de vuestros ojos la venda que los cubre, porque os hagan ver las ligerezas de Enrique?

María de Gonzaga no supo qué responder; era una frágil barquilla combatida por las olas furiosas de aquellas pasiones encontradas, y su razón se perdia ya, agobiada y llena de fatiga, no sabiendo á quién creer ni á quién acudir.

La llegada de Cinq-Mars terminó aquella situacion penosa para todos, pero particularmente para la jóven Duquesa.

Este, que habia sido avisado por el paje de Ana de Austria al salir de las habitaciones del rey, acudió creyendo que se trataba, como otras muchas veces, de pedirle consejos acerca del color ó la forma de algun traje, pues su elegancia era universalmente reconocida y admirada en la córte, y entró con la sonrisa en los lábios y llevando en el rostro la expresion más placentera.

Mas á la primera mirada con que recorrió la cámara real, sus facciones se vistieron de una mortal palidez.

La vista de su madre, de María y de Ana de Gonzaga, le dijo que allí se iba á decidir de su suerte.

Su corazon volaba hácia la Duquesa, que, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecia presa de un dolorosa abatimiento; pero él tomó este abatimiento por frialdad y su orgullo le clavó en su sitio, en el que permanecia inmóvil y helado.

—Marqués, dijo Ana de Austria; ya es tiempo de que la Princesa palatina fije la suerte de su hermana y acude á mí para que os pregunte si vuestro corazon es libre de todo otro amor, y si pertenece por completo á la duquesa María.

—¡Dios mio! ¡Quién puede dudar de eso! ¿No es verdad, hijo mio? exclamó la Mariscala; tú amas á la

CAPILLA ALFONSINA

Duquesa como hace un año, como la has amado siempre; ¿no es cierto?

—Señora, respondió Cinq-Mars con la voz alterada y dirigiéndose á la reina como si no hubiera escuchado las palabras de su madre; permitame V. M. que no le asegure de mi amor á la Duquasa, que es tan grande como ha sido siempre; debo responder á otra pregunta que se ha dignado hacerme: no soy ya libre como era hace ocho meses.

—¿Qué escucho? gritó la Mariscala, ¿que no eres libre ya, hijo mio?

—No, madre mia

—Segun me han dicho, el objeto de vuestro amor, de vuestro entretenimiento, si os agrada mejor, es una mujer poco digna de ocuparos, observó Ana de Gonzaga con sonrisa amarga y acento incisivo.

—Permitidme, señora, respondió severamente Cinq-Mars, que no conteste á más interrogatorios que aquel á que se digne sujetarme S. M.

—Pues bien, Marqués, continuó Ana de Austria dominada por las miradas suplicantes de Ana de Gonzaga; respondedme, ¿es verdad que el objeto de vuestra nueva pasion no es tan noble como se podia esperar de vuestro nombre y clase?

—Es verdad, señora, respondió Cinq-Mars con entereza.

—Me han dicho que esa cortesana se llama Marion Delorme.

—No han mentido á V. M.

—Me han dicho tambien que habeis contraido con ella un matrimonio secreto.

—En ese punto nada puedo contestar á V. M. porque no es mio sólo ese secreto.

—¿Pero no negais esa indigna union?

—No la niego ni la afirmo.

—¡Piedad, Dios mio! Piedad, ó más bien ¡venganza! gritó la Mariscala fuera de sí y alzando al cielo sus ojos y sus manos en un rapto de tan verdadera desesperacion, que todos los presentes se conmovieron.

—¡Oh, señora! ¡Los contratos! ¡Los contratos! exclamó la duquesa de Gonzaga arrojándose á los piés de la reina; separadme por Dios de ese hombre, al que me avergüenzo de haber amado durante toda mi vida.

—¡Pero si no es suya la culpa! dijo la Mariscala desecha en llanto, yerta de terror, al ver que se le escapaba para siempre el fruto de todos sus afanes; ¡señora, culpad de vuestra desgracia, de la de mi hijo, á la ambicion de vuestra hermana que sembraba en vuestro corazon el temor y la duda! ¿No os he propuesto mil veces un matrimonio secreto entre vos y mi hijo? ¿No queria él ligarse para siempre á vos? ¿No érais vos la que se hallaba irresoluta y dudosa?

—Callad, señora, respondió la reina con enojo; callad y dad gracias á la prudencia de la Duquesa, qu

os ha evitado, accediendo á vuestros deseos, el caer en desgracia para siempre; ¿pensais que baste el ocdiciar sus Estados para imponerla un esposo? ¡Ay de vos si hubiérais llegado á realizar vuestro culpable proyecto!

La Mariscala iba á replicar; pero un severo y majestuoso ademan de Ana de Austria, á quien nadie sobrepujó nunca en el imperio de sus maneras, detuvo la palabra en sus lábios y sólo pudo, en el colmo de su dolor, retorcer sus manos con desesperacion.

—Que vengan al instante el guarda-sellos y el coadjutor, dijo la reina volviéndose á algunos servidores suyos que habian aparecido en la puerta como por encanto.

El más profundo silencio reinó despues de dada esta órden entre los actores de aquella escena imponente. Ana de Gonzaga, á pesar de su triunfo, no se atrevia á mirar á la Mariscala que, abrumada bajo el peso de su pena, lanzaba roncos y comprimidos sollozos.

Daba pena oirlos y ver al mismo tiempo sus cabellos blancos destrenzados por los violentos ademanes que le arrancara su inmenso dolor.

Poco tardaron en llegar los dos funcionarios, á los que seguia el duque de Richelieu, autor invisible de la trama que envolvia todas las esperanzas de la pobre Mariscala.

Sobre una mesa colocada en el centro de la estancia, extendió el guarda-sellos un pergamino; era el contrato matrimonial de S. M. Uladislao, rey de Polonia, y de la duquesa de Mántua, María Luisa de Gonzaga.

Algunos pajes descorrieron dos anchas cortinas de seda y apareció un altar cubierto de flores y luces y coronado por el signo de la redencion.

En torno de aquel altar habia agrupados algunos caballeros polacos.

La reina presentó en silencio una pluma á la duquesa de Mántua.

—¡María, ved lo que haceis! exclamó Cinq-Mars precipitándose hácia la Duquesa con el rostro pálido y la vista extraviada; ¡sereis desgraciada y me perdeis!

María le midió con una ojeada de profundo desdén y tomó la pluma sin dignarse responderle.

—¡Ved, señora, gritó la Mariscala corriendo tambien hácia la augusta novia, ved que el rey nada sabe de este lazo que se os tiende! ¡Ved que todos los que ayudan á apretarlo exponen sus cabezas! Yo apartaré á mi hijo de esa indigna mujer... y si está casado, yo anularé su matrimonio... No consumeis vuestra ruina, la suya y mi eterna desesperacion.

Al oir la duquesa de Mántua aquel acento arrancado á lo íntimo del alma de la que le habia servido de madre, aquel acento que tantas veces la habia

acariciado en su infancia, vaciló y una mortal palidez vistió su hermoso rostro tan dulce y tan puro.

—Señora, dijo Uladislao, no creais que se os sujeta á una violencia; jamás, estando yo presente, se os impondrá nada contra vuestra voluntad; yo os amo; á nadie he amado en el mundo más que á vos y desde que sé pensar, alimento la grata esperanza de dividir con vos el trono de mi padre; pero si ésto os ha de hacer desdichada, si habeis de sufrir ciñendo vuestras sienes con mi corona, yo renuncio á esta dicha y os dejo completamente libre.

—Señor, respondió María de Gonzaga con acento respetuoso y digno; sólo siento no poderos ofrecer un corazon vírgen de todo otro amor; ya ántes lo dije; he amado, hace poco amaba todavía al marqués de Effiat... Ya no le amo; él ha renegado de mí haciéndose esclavo de una vil cortesana... Ya no es digno de María de Gonzaga; yo soy libre y os doy mi mano con la firme voluntad de ser para vos una esposa tierna y cariñosa.

—Y yo os juro, señora, que jamás habrá en el mundo esposa más tiernamente amada que vos, respondió el Monarca besando la mano de María.

Esta se acercó á la mesa y firmó con mano segura.

Firmó despues el rey de Polonia, y últimamente, como testigos, la Princesa palatina y Richelieu.

Mas ni la Mariscala ni su hijo vieron estas últi-

mas firmas; pues así que la Duquesa de Mántua estampó su nombre al pié del contrato, huyeron de la cámara como despavoridos.

Seguidamente el coadjutor del Obispo de París se acercó al altar, revestido de las insignias sacerdotales, y dió á Uladislao y á María la bendicion nupcial.

A las tres de la tarde, María de Gonzaga salia del Louvre en un coche cerrado, acompañada de su hermana y de su esposo, y ya reïna de Polonia

---

XIII.

La Mariscala de Effiat no era mujer que se dejase burlar impunemente.

Habia perdido en el juego en que se arriesgaba la futura grandeza de su hijo; pero su venganza debia ser terrible, y parte de ella debia caer sobre el mismo Enrique que, con su ligereza, habia dado lugar á que le huyese aquella fortuna preparada por ella durante tantos años y con tanta paciencia.

En cuanto á Cinq-Mars, ni él mismo era capaz de explicar el desórden de su espíritu.

Hubiera preferido mil muertes á perder á María; pero por nada del mundo hubiera dejado tampoco los alhagos y el amor apasionado de María Delorme, la cortesana que por él se habia encerrado en el retiro de su casa, renunciando á todo para serle fiel.

Sentia Enrique esa doble pasion incomprensible para muchos corazones tiernos, nobles, enamorados, pero tan frecuente en les caractéres débiles é irresolutos.